Ducasse se puso lívido. Balbuceó algunas palabras, preguntando:

-¿Vuestro su...?

—Sí; yo he reemplazado al Barón de Marly en el Senado, y el comandante Verdier ha consentido en ser mi sucesor en el Congreso.

El comandante no dijo una palabra. Ducasse quedó como petrificado.

—¿De modo... que va ha sido elegido... el candidato?

—Sí, ayer, en una reunión pública. Yo telegrafié al comandante...

-Pues los periódicos no dicen nada.

—¡Ah! ¡Los periódicos!—dijo Charvet.—Sabéis que los periódicos rara vez hablan de nada en fuerza de ocuparse de todo.

Y encantado de su bonita ocurrencia, el senador se separó para dejar paso á Verdier y á Ducasse, diciendo al comandante estas palabras, que se introducían como espinas en los oídos del futuro rival del gran Pitt:

-Vamos, querido comandante, pasad. Sólo por el escrutinio pasaréis después que yo.

Detrás de Charvet y de Verdier entró Emilio, desencantado ya de aquel castillo, en el que había esperado coger, como una flor en un jardín, una instantánea candidatura. Sabido era de todo el mundo que Mederico Charvet, diputado por Seine-et-Marne, deseaba pasar al Senado. Aunque no tenía más que cincuenta años, sentía ya, efecto de su carácter apacible y comodón, necesidad de reposar. Alcalde de un pueblo en 1870, había sido candidato á la diputación en 1871; pero le había derrotado por 157 votos su contrincante el Sr. Zavouillet. Esta derrota, lejos de desanimarle y hacerle apartarse de la política, había excitado su amor propio en tales términos que el bueno de Charvet, el comerciante Charvet, no pensaba en otra cosa que en un próximo desquite que le permitiera tomar asiento en la Cámara de Versailles.

No tenía, sin embargo, por qué quejarse de la suerte el señor Mederico Charvet. Hijo único y millonario á los treinta años, después de terminar la carrera de derecho y de haber viajado mucho y probado la alegre vida de París, se decidió á suceder á su padre en la dirección de las fábricas de tejidos que tenía en Vermond, y entonces se casó con una muchacha muy guapa que le quería mucho, la cual murió á los pocos años de una unión dulce y tranquila, «sin nubes, pero sin gran sol,» según decía el propio Mederico.

Viudo á los cuarenta y cuatro años, la vida se le presentaba bien fácil.

No tenía más que seguir el consejo que varias veces le había dado en vida su mujer: «Volverse á casar.» Pero Mederico quería tener, como la tienen otros, su parte novelesca en la vida. Una novela de amor, de fiebre, perturbadora y original, era con lo que él soñaba.

Al par que le agitaba este deseo sentía con igual vivacidad el despecho de su derrota electoral. Se operó en él una metamórfosis completa. Tomó horror á las fábricas y á la vida de provincias, y empezó á soñar con París, con su vida alegre y bulliciosa y con las intrigas de la política, las enmiendas y los discursos. Le desagradaba en alto grado oír hablar de sus fábricas y de los negocios y hasta parecía humillarle el que le hablasen de aquellos artefactos, orgullo de su padre, á él, á Mederico Charvet. Pues qué, ¿no sabían que sólo por 157 votos había dejado de ser padre de la patria? ¿A qué recordarle, pues, á él, á un hombre público, sus antiguos negocios mercantiles?

Aquellos 157 votos se le habían subido á la cabe-

za como si fueran un poderoso alcohólico y le habían trastornado.

Su despecho subió de punto de tal modo que se decidió á vender las fábricas á una compañía extranjera y á lanzarse á toda vela en el mar de la política. Se puso desde luego en campaña y empezó á remover cielo y tierra, trabajando sin descanso el campo electoral; sembró amabilidades y promesas, la simiente más reproductiva en los escrutinios, y con la paciencia de un santo ó de un candidato, lo cual es lo mismo, pasó años enteros preparando el soñado desquite.

No le fué difícil granjearse la voluntad de los electores influyentes por su amable carácter y agradable presencia. Los aldeanos le juzgaron sencillo y falto de orgullo y los obreros le perdonaron que fuera burgués á cambio de algunas concesiones favorables á la doctrina socialista, que él cuidó de que escucharan de sus labios.

Pero de poco le hubiera servido todo esto si no hubiera conquistado las simpatías de la señora Herblay. Mederico Charvet sabía perfectamente lo que significaba esta señora en la circunscripción que trataba de representar.

Viuda de un hombre político, cuyas tradiciones continuaba, é hija de un hombre del Parlamento de los tiempos de Luis Felipe, que se había hecho radical en 1848, la señora Herblay, muy hermosa según decían, y siempre joven, parecía no tener más

que una pasión: la política. Durante el invierno se ocupaba de política en las reuniones que daba en París, y durante el verano continuaba ocupándose de ella en su castillo, situado en las cercanías de Melun. La política era su única ocupación, siempre y en todas partes, y en ella empleaba la actividad febril de su naturaleza nerviosa y de una inteligencia muy viva.

Enriqueta había vivido desde pequeña en aquella atmósfera especial, en un mundo particular, en que la caída de un Gobierno es un suceso de grandísima trascendencia, que se considera como un cataclismo ó una fortuna, según las opiniones y los tiempos. Había oído muchas veces á su padre hablar de interpelaciones, de mayorías facticias y de coaliciones inmorales. Apenas había dejado el seno de su nodriza cuando ya sabía lo que era el seno de una comisión. En vez de tener horror á aquella cocina especial, cuyas verduras y guisados veía en su casa, se aficionó con entusiasmo á ella, y, habiendo tenido por padre á un viejo y constante individuo del Parlamento, soñaba con tener por marido á un hombre político.

El Sr. Herblay, con quien contrajo matrimonio, reunía todas las condiciones necesarias para ser uno de esos niños mimados de la política.

Enriqueta hubiera hecho de él un Ministro. Desgraciadamente el Sr. Herblay murió muy joven y Enriqueta se encontró á los treinta años sola y llorando á aquel marido á quien amaba como á esperanza viviente, como á la encarnación misma de sus ambiciones.

Mientras duró la guerra, Enriqueta, encerrada en París, se multiplicó, se hizo enfermera y olvidó hasta la política, para no ocuparse más que de los heridos; luego, cuando llegaron las elecciones, se volvió á su castillo de Seine-et-Marne, y con la mayor naturalidad, como si Herblay hubiese vivido y ella hiciese propaganda en favor de su esposo, empezó á dirigir la opinión pública. Trabajaba en favor de Zavouillet tan sólo porque había sido conocido de Herblay y porque había tenido el cuidado de visitarla y solicitar su protección.

-¿Mi protección? Pero si yo no voto, Sr. Zavouillet.

—No os pido vuestro voto, señora, sino vuestro apoyo. Las mujeres no votan, pero hacen votar á los hombres. Si yo fuera el candidato de las mujeres, bien asegurada estaba mi elección.

Aquella visita aseguró al obeso Zavouillet una importantísima ayuda.

La señora Herblay recorrió el país en todos sentidos, invitó á reunirse en su castillo á todos los alcaldes de los alrededores y les dirigió un verdadero discurso, digno de ser reproducido por un taquígrafo: «El derecho, la razón y el patriotismo estaban de parte de Zavouillet... En aquellos momentos de prueba, en que el país oscilaba, nada mejor podía hacer-

se que buscar refugio bajo la égida del señor Zavouillet.»

Los oyentes de la señora Herblay abrían considerablemente los ojos y oían con placer que el grueso Zavouillet tenía una égida.

Esta égida contribuyó indudablemente en gran manera al triunfo del señor Zavouillet.

Acaso los famosos ciento cincuenta y siete votos que tanto martirizaban y humillaban á Charvet se los debía á la señora Herblay y á la égida con que ella había amparado al candidato.

El bueno de Mederico lo comprendió así, y en cuanto se decidió definitivamente á lanzarse á la arena de la política pensó desde luego en asegurarse, por lo menos, la neutralidad de la señora Herblay.

Mederico sabía muy bien que Enriqueta no estaba satisfecha de su diputado.

Zavouillet se había mostrado ingrato demasiado pronto. No se doblegaba á la necesidad de figurar durante el invierno en las reuniones de la señora de Herblay, en las cuales se discutía el Libro amarillo y se hacían cálculos sobre el resultado de las futuras votaciones de las Cámaras. Zavouillet prefería pasar la noche en los teatrillos en que se dan funciones de hora, y la señora Herblay le criticaba el no saber guardar la austeridad debida á su cargo. Se le había visto pasear repetidas veces su égida por Folíes Bergères, y esto no era serio.

-¿Por qué no váis con más frecuencia á casa de

la señora Herblay?—le preguntaba el Gobernador de Seine et Marne, que en sus frecuentes viajes á París no dejaba nunca de visitar á Enriqueta.

Porque me aburro allí—respondía Zavouillet.
—Se ocupa demasiado de política, y á mí me gusta más oír á la Judic.

Mederico supo hacer llegar estas cosas á oídos de Enriqueta, corregidas y aumentadas algunas de ellas, y luego empleó su diplomacia en hacer conocer indirectamente á la señora Herblay sus esperanzas. Para ello se valió de su médico, que lo era á la vez de Enriqueta, y que se prestó desde luego á trasmitirla cuanto Charvet pensaba y decía de ella.

Una mañana que la señora Herblay estaba ligeramente indispuesta, el doctor la dijo en tanto que extendía una receta:

- -Ahora voy á ver á vuestro admirador.
- -¿A qué admirador?
- -Verdad es que tenéis muchos. Pero éste es fanático.
 - -¿Al señor Charvet?
- —Al mismo. Sin duda os ha hecho adivinarlo una secreta simpatía.

Enriqueta acabé por suplicar al doctor que presentase á Mederico en su casa, y Charvet quedó encantado de la facilidad con que había obtenido tan poderosa alianza.

Toda la tarde que precedió á la presentación la empleó Mederico en buscar una fórmula respetuosa y delicada para saludar á la joven. Quería ser galante sin tocar en la familiaridad y presentarse gozoso sin aparecer humilde.

Ocurrió, además, que el Sr. Charvet, pensando encontrar en Enriqueta tan sólo una mujer política y razonadora, se sorprendió al encontrar una joven llena de atractivos, con ojos brillantes, preciosas manos, nariz fina y frente de niña bajo sus rizosos cabellos negros.

Mederico Charvet quedó desvanecido. Había ido á casa de la señora Herblay para hablar de política, y salía de allí sin pensar siquiera en su elección, sin ver ante sí más que dos hermosos ojos negros, más espirituales que arrebatadores y los bucles oscuros que revoloteaban sobre una frente blanca.

Desde la primera visita se sentía impulsado á presentar otra clase de candidatura, y recordaba de pronto la recomendación de su Estefanía: «Tú has nacido para casado.»

¿Y por qué no? A los cuarenta y cuatro años, fuerte y vigoroso, bien podía casarse con una mujer de treinta cumplidos.

La señora Herblay, por su parte, había encontrado á Mederico amable é inteligente, y aquellas dos personas, unidas ya por la misma ambición, el deseo de figurar y por su cólera común contra el pesado Zavouillet, se encontraban en el momento más oportuno para que una simpatía bien natural se trasformase en un verdadero afecto. Zavouillet, con sus instintos bajos de provinciano ávido de la vida de París, no podía ser para la señora Herblay el diputado influyente que hiciera de las reuniones de la mujer de moda el centro de la provincia, y, mejor aún, una de las reuniones célebres de París. Además Zavouillet estaba casado, y la enorme señora Zavouillet, con sus manazas rojas y sus modales grotescos, no podía figurar, sin hacer un papel ridículo, en ninguna reunión elegante.

Charvet, por el contrario, era viudo y libre; era el diputado soñado por Enriqueta, un diputado cuyos votos inspiraría ella, cuya conciencia política formaría, siendo á la vez la encargada de preparar sus futuros destinos.

¡Oh! Sí, sí; Mederico era el candidato de sus sueños. La serviría de muralla, tras de la cual podría ella ocuparse de política trascendental.

Jamás se le ocurrió la idea de ver en las relaciones naturales que se establecían entre vecinos del campo otra cosa que relaciones de política y de amistad. Pero Mederico creía que podrían estrecharse aún algo más aquellos vínculos políticos y campestres.

Expuesto habría estado á estropearlo todo por querer trasplantar—esta era su expresión—aquellas relaciones del «terreno político al del amor;» pero cuando dejó traslucir sus proyectos de trasplante, se habían hecho ya tan afectuosas las relaciones entre ella y él, que Enriqueta no se enfadó. Se limi-

tó á rogar al doctor, que había sido el encargado por Mederico de preguntar á la joven viuda si consentiría en pasar á ser la señora Charvet, contestase al contrincante de Zavouillet que ella no pensaba volverse á casar nunca. «¡Oh! Nunca, ¡decididamente nunca!... ¿Para qué?»

La pregunta y la respuesta hicieron sonreir al doctor y desolaron á Mederico.

Cuando, después de este incidente, volvió Charvet á ver á Enriqueta, la preguntó si no sería una indiscreción continuar sus visitas como antes después de su negativa.

—¿Y cómo ha de haber en eso indiscreción, mi querido señor Charvet?—contestó la señora de Herblay.—Pues qué, ¿no somos dos asociados?

-Sin duda; pero... la sociedad...

—¡La sociedad! ¡La sociedad! Yo no hago caso de sus opiniones. Sólo creo en el sufragio universal.

—¡Oh! ¡Tened cuidado con lo que afirmáis! ¡El sufragio universal! ¿Y si él votara que debéis casaros conmigo? —

Enriqueta sonrió, encontrando ocurrente á Mederico, y éste observó que ella abandonaba por más tiempo que de costumbre su bonita mano entre las suyas.

Así habían pasado los años sin que el sufragio universal hubiera votado el matrimonio de la señora Herblay con Mederico, pero no sin que la sociedad, esa sociedad cuya opinión importaba poco á Enriqueta, no hubiera insinuado que Charvet estaba unido, muy unido, estrechamente unido á la señora Herblay. Zavouillet, á quien Mederico había derrotado en las últimas elecciones, decía que estaban cosidos.

Lo que era indudable para toda la provincia era que Mederico Charvet, convertido en diputado perpetuo por Seine-et Marne desde 1876, había debido en gran parte su elección á Enriqueta. También se sabía que él se mostraba agradecido y que era inamovible durante el invierno en las reuniones de la Chaussée d'Antin y durante el verano en las recepciones de la señora Herblay en su castillo.

Y hasta ocurrió que un periodiquillo satírico, al publicar los votos de los representantes de Seine-et-Marne, hizo figurar entre los votantes el nombre de Enriqueta Herblay en lugar del de Charvet.

Mederico habló aquel día de abofetear al autor de aquella crítica; pero Enriqueta, como verdadera muier política, le aquietó.

—¿Para qué? Tratéis de castigarle, y os castigáis vos mismo rebajándoos al mediros con él. Además ese periódico no se ha leído, de seguro, más que en Melun; si os batís por ese artículo se leerá en París, y lo que habréis conseguido será secundar los propósitos de su autor.

-Pero vuestro nombre, querida amiga...

-¿Mi nombre? El día que yo quiera que ese ga-

cetillero me dedique un laudatorio y lisonjero artículo no tengo más que invitarle á que coma con nosotros. ¡Pero ese artículo es cosa de Zavouillet, á quien aguijonea la envidia, pues sabe que el día menos pensado haré de vos un Ministro!

La señora de Herblay aspiraba á hacer de Charvet un Ministro, pero él no codiciaba tanto: se daba por satisfecho con ser senador. Enriqueta combatía este deseo, que consideraba como una jubilación; pero no pudo conseguir que, al vacar una plaza en el palacio del Luxemburgo, dejase de ocuparla el bueno de Charvet. La gran cuestión, la cuestión palpitante en todo el distrito, era en la actualidad saber quién ocuparía en el palacio Borbón el asiento de Mederico Charvet.

El notario Cappois, el veterinario Guenaut y todos los caciques del partido en el distrito se hacían la misma pregunta. ¿Quién será el candidato? No se podía volver á pensar en Zavouillet, quien, despechado por su anterior derrota, se aproximaba cada día más á los clericales, hasta el punto de que ya se le llamaba iesuita en los cafés de Melun.

Había aparecido en el periódico oficial el decreto convocando á nuevas elecciones, y la herencia de Charvet aún no se había adjudicado. ¡Oh! ¡La herencia de Charvet! ¡El único, el exclusivo objeto de todas las conversaciones en la comarca! Se sabía que algunos intrigantes, como Dulaurier, antiguo notario, y Belleydier, bonapartista en la noche del 3 de

septiembre y radical al amanecer del día 5, ambicionaban la sucesión de Mederico, pero uno y otro eran demasiado conocidos para que ningún comité pudiera aceptarlos, y los políticos del departamento buscaban con cierta ansiedad patriótica un candidato que pudiera representarlos dignamente.

Consultaron á Charvet; pero éste se mostró digno. «No es á mí—les dijo—á quien corresponde elegir entre tantos ciudadanos aptos para el cargo y todos amigos; mi deber es mostrarme completamente neutral en la designación de candidato, y lo cumpliré en absoluto. Elegid vosotros al más digno, y yo le apoyaré con todas mis fuerzas.»

El Gobernador fué quien buscó la solución de tan intrincado problema, diciendo confidencialmente al oído de algunos diputados provinciales:

-¿Queréis que os diga quién buscará sucesor á Charvet?

-¿Lo sabéis vos, señor Gobernador?

-Lo adivino. Será...

Esperó un instante, como el que desea producir gran efecto, y luego continuó sonriendo:

—¡Será la señora Herblay! Ella formó y anuló á Zavouillet, formó á Charvet y formará á su sucesor... Pedid un diputado á la gran electora. Ella lo encontrará, no lo dudéis.

Y los políticos se preguntaron entonces cómo no se les había ocurrido pensar en aquella solución. Verdad es que algunos burlones hicieron observar Pero el Gobernador tuvo también una frase ocurrente para combatir esta opinión.

—¡La señora Herblay no será jamás neutral—dijo.

Y luego añadió:

—Cuando esa señora sea neutral será porque haya muerto, y, á Dios gracias, mi bella administrada está muy lejos de hallarse en ese caso. La herencia de Charvet está sin adjudicar. ¡Consultad, señores, á la señora Herblay!

Y en tanto que se ponían á votación las más graves cuestiones administrativas de la provincia, los diputados provinciales, cuyo espíritu buscaba en los espacios un candidato, olvidaban los caminos, los canales y las escuelas, para no pensar más que en la terrible, en la primordial, en la palpitante cuestión: len la sucesión del diputado Charvet, ascendido á senador!

La señora Herblay había sido efectivamente quien, en vista de la penuria de candidatos, había pensado en el comandante Verdier. En su entusiasmo de mujer había conservado el recuerdo de algunos rasgos de bravura del soldado y de su heroismo modesto. Entre las innumerables invitaciones que hacía repartir en París nunca había olvidado á Verdier, que habitaba la capital desde que había pedido la excedencia del servicio, ni á la sobrina del comandante, á la hermosa Gilberta, que distraía hasta al mismo Ducasse de la lectura del periódico oficial. Aquella niña tímida y triste se había captado desde luego las simpatías de Euriqueta, quien, en su afán de meterse en todo, había concebido en seguida la idea de casarla. Concertar un matrimonio era una especie de entreacto para la que concertaba la manera de formar diputados.

Por Gilberta había sabido Enriqueta la causa de